

Santiago, 15 de diciembre de 2014

**Carta a los y las camaradas de la Democracia Cristiana y a todos y todas los hombres y mujeres, adultos, jóvenes y niños de buena voluntad.**

Estimados (as) camaradas, amigos y amigas:

Próximos a las fiestas de Navidad y Año Nuevo, queremos como cristianos convencidos que actuamos en política, compartir fraternalmente con ustedes algunas reflexiones.

Estamos viviendo tiempos difíciles, con incertidumbres, pero a la vez de alegrías y esperanzas. Hay inquietud por los cambios que se vienen promoviendo por nuestro gobierno, transformaciones estructurales que por cierto apoyamos y que se encuadran en un nuevo paradigma, en una época plena de novedades.

La alegría y esperanzas se encuentran en que los cristianos y cristianas, a partir de nuestras propias concepciones y valores humanistas, personalistas y comunitarios, tenemos esta ocasión que se nos está dando para colaborar en la realización de estos cambios, aportando nuestras propias visiones. Cambios en democracia, necesarios e indispensables que debieran hacerse también desde nuestras raíces: un movimiento nacional y popular, que no excluye a nadie y pone el acento prioritario en el pueblo, el mundo del trabajo y la clase media; cambios que arribarán a puerto seguro si son la expresión de sanos acuerdos democráticos.

La democracia nos convoca a tener como objetivo una obra común. No impuesta y llevada a cabo dentro de un ciclo político que racionalmente va mucho más allá de cuatro años. Por eso, tal obra común de modificaciones estructurales, sociales, económicas y culturales, debe adaptarse a los ritmos de un país que es plural, en el que conviven diversas expresiones políticas y en el que existe una evidente pluralidad cultural. Un país plurinacional en el que habita un pueblo con una historia de varios siglos, de éxitos, realizaciones, pero también de fracasos y frustraciones.

No queremos que por un exceso de entusiasmo por realizar una multiplicidad de cambios o proyectarlos en esos términos, nos equivoquemos, y terminemos, otra vez, perdiendo esta oportunidad que nos ha brindado la historia para llegar a ser un país desarrollado, en el cual las exclusiones efectivamente se terminen y nos podamos encontrar viviendo en solidaridad compartiendo todos realmente el progreso.

Ya lo sabemos, Chile, un caso de desarrollo frustrado lo tuvimos a finales del siglo XIX y entre los años 1960 – 1973, se produjo una situación en alguna medida semejante. Aprendamos las lecciones que deja la historia patria. Los cambios profundos sin acuerdos, son pan para hoy y hambre para mañana. No nos gusta el hiper presidencialismo, que ejercido en toda su profundidad, concentra el poder ejecutivo y legislativo en pocas manos, relegando al Parlamento, a los partidos y a las organizaciones sociales a un lugar menor. Sabemos que los partidos políticos y el parlamento tienen la más baja estimación pública. Ello obedece a que la democracia representativa no está funcionando,

adecuadamente. Hay mucho de auto referencia, caudillismo de segundo orden, ausencia de liderazgos cooperativos, comunitarios, que entiendan que la búsqueda del consenso siempre garantiza que las transformaciones sociales serán seguras y perdurarán en el tiempo. Aún hay mucho autoritarismo en el quehacer político, tanto en la Alianza, como en la Nueva Mayoría.

La diferencia entre la buena democracia y sus formas imperfectas y las dictaduras, es que en estas últimas, la oposición de cualquier tipo es calificada de sospechosa y difamada. Queremos superar esta etapa de desencuentros extremos y privilegiar un nuevo trato. A eso nos comprometemos para no crear ambientes de descalificación o de alteraciones de la verdad.

Una nueva Constitución, sí; pero no escrita en una hoja en blanco, sino en un texto que recoja nuestra evolución constitucional, incorpore el contenido de todos los tratados internacionales sobre derechos humanos; así no se fracturará la sociedad. Se requiere participación efectiva, tiempo suficiente para pensar en común, aplicación responsable a las materias institucionales. Mayor igualdad, por cierto, pero esta no se alcanzará con más asistencialismo, sino que abordando de una vez por todas la concentración económica y de los mercados que retarda el crecimiento económico sustentable y con equidad. No podrá haber mayor igualdad, si no hay crecimiento económico relevante. Crecer a una tasa promedio, de 3,5% durante los cuatro años de este gobierno sería un profundo fracaso. El parlamento debe asumir un rol positivo y desentrabar por la vía legislativa los proyectos de significativas inversiones postergados por el clima de incertidumbre reinante y por las dificultades de múltiples autorizaciones. Se debe entender que la actual institucionalidad está entrabando el desarrollo y la mayor productividad y ello significa menos empleo, y remuneraciones más bajas.

No le debemos temer a los cambios en la legislación laboral. Chile necesita un nuevo Código del Trabajo, que nos aleje del modelo neoliberal. Esto también reclama un esfuerzo por alcanzar un concertación social entre el mundo del trabajo y el empresarial, entendiendo que este último lo integran no solo los grandes empresarios sino que también los micro y pequeños empresarios que deben ser reconocidos en su diversidad. El trabajo humano es un derecho y un don y se afinsa en la correcta idea de la realización de las personas. Las personas no son "capital humano" ni un recurso económico. Todas tienen una dignidad intrínseca y trascendente. Para nosotros las personas y sus comunidades están primero. Así lo sostiene la filosofía cristiana y lo afirman las encíclicas de los Papas de la Iglesia Católica. En igual sentido se pronuncian todas las iglesias cristianas.

Chile reclama y no quiere que se continúe hablando de las llamadas "industrias de las pensiones, de la salud y de la educación", queremos verdaderos derechos familiares y sociales y no una industria de los mismos. Aspiramos a una real seguridad social. La capitalización individual en las AFP, como régimen exclusivo, es el individualismo puro. Debemos abrirnos a que los trabajadores tengan derecho a una seguridad social de reparto que exprese la solidaridad entre las distintas generaciones. Queremos una salud eficiente, oportuna y solidaria. Que no se negocie con la salud.

Aspiramos a una educación prebásica, básica, media y técnica que reconozca que las personas y la sociedad en si misma se organizan y desarrollan en torno a las familias y

las comunidades educacionales. Rechazamos la pura estatización mecánica de la educación pública. Proponemos que esta se estructure sobre la base de organismos regionales, municipales y locales autónomos reflejo del mundo de las comunidades educacionales. El Estado no puede absorberlo todo. Debe supervigilar y fiscalizar, pero dejar la tarea educacional a las regiones y comunidades de base. En estas deben estar presentes las familias, los padres y madres, los propios alumnos y alumnas y por cierto los profesores y profesoras, todos según sus particulares preparaciones y conocimientos, participando en la gestión comunitaria educacional.

Chile necesita universidades que definan su misión esencial en torno a la cultura. Sí, por cierto, se requieren especializaciones, pero las universidades tienen como tarea fundamental, formar hombres y mujeres cultos, con una visión plural del mundo. En las universidades debe existir no solamente docencia, sino también investigación, paso necesario para las innovaciones que se requieren en la sociedad.

Hay una crisis cultural que no puede ocultarse. El materialismo práctico, el olvido de la solidaridad, el individualismo parecieran ser los rasgos del actual estado de cosas. Habrá que hacer grandes esfuerzos para ir a una sociedad solidaria y no consumista.

Hoy, a pocos días del 24 de diciembre, se desencadena un frenesí de compras. El significado trascendente que tiene la Navidad para los cristianos – Dios encarnado en la tierra-, se ha perdido y se ha convertido en una devoción muy particular por los mall, por la conjugación masiva del verbo comprar.

El gran acontecimiento del 24 de diciembre nos convoca a aportar nuestra visión sobre los cambios, a hacer valer concretamente nuestros valores que son comunitarios. Estos nos dejan como lección y misión que no debemos quebrar la sana convivencia y que hay que alcanzar acuerdos. Si estos no se logran, no queda otro camino que aplicar las reglas de la mayoría, eso es la formalidad propia de la democracia. Se busca primero el acuerdo para el cambio. Si este no es posible, rige la mayoría, pero siempre con mesura, sin soberbia, ya que está es la nodriza de males profundos.

Desde esta perspectiva escribimos estas reflexiones recordando al maestro de la misericordia, Dios en la tierra; paz para todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y especialmente para todos los que sufren, para los excluidos y olvidados, para los pequeños. Seguimos las bienaventuranzas y por eso queremos un país y sociedad unidos, trabajando todos y todas comunitariamente por el bien común.

Nuestras fuentes doctrinarias descansan en la filosofía cristiana, en el humanismo y en la doctrina social de la iglesia católica. Para nosotros es muy importante lo que viene afirmando reiteradamente el Papa Francisco:

**“Sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera de que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. Las reivindicaciones sociales, que tiene que ver con la distribución, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos no pueden ser sofocados con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría social feliz. La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren**

**renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesario una voz profética..... Por eso hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en si las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna” (Papa Francisco).**

Por todas estas sabias razones queremos que nuestras posiciones, aspiraciones y valores, en un proceso de cambios estructurales, sean verdaderamente escuchadas. Esto solo de nosotros dependerá. De nuestra fuerza moral. Debemos actuar en política afirmando nuestra identidad, valores y creencias y no renunciar a ello, con el vano pretexto de sumarnos a un pseudo progresismo que omite nuestra historia y que pretende construir una sociedad completamente neutra en lo valórico, en la que todo es posible, incluso desconocer la dignidad intrínseca de las personas desde la época de su concepción. Queremos una cultura por la vida, el amor y los afectos recíprocos. Dentro de este espíritu hemos querido hacer llegar a ustedes estas reflexiones.

Durante el próximo año y en los siguientes que vienen, tendremos que adoptar definiciones muy importantes.

Queremos construir unidad en la diversidad. Deseamos que la política vuelva a ocupar una mayor valoración en la sociedad, pero para ello deberá recuperar esta su característica más importante, en una democracia: hay política democrática cuando existen misiones y tareas comunes libremente convenidas. Chile puede corregir caminando hacia una sociedad solidaria y fraterna. Para ello habrá que sustituir el neoliberalismo por una sociedad del bien común. Habrá que corregir el modelo para que no exista tanta desigualdad. Las líneas del programa de gobierno están en esa dirección. Pero hagamos bien las cosas.

Nuestra pertenencia a la Nueva Mayoría no ha sido del todo satisfactoria; por cuanto algunos miembros de esta tienen fuertes tendencias hegemónicas; de ellos y nosotros dependerá que se puede continuar trabajando juntos. Si no se reconoce nuestra identidad y diversidad, si se olvidan nuestros propios valores e intencionalmente se nos quiere arrinconar en temas tan sensible relacionados con los derechos de las familias y la vida, como son los proyectos sobre aborto, eutanasia, y otros, tendremos obligatoriamente que alzarnos porque se afecta nuestra esencia misma de cristianos y cristianas. Proponemos unidad en lo esencial, evitar lo que nos desune.

Hoy más que nunca se debieran pensar y tratar de materializar las tareas que nos unen y no las cosas que nos separan; y no hacer de estas últimas, en modo alguno, banderas de lucha asumidas para ganar audiencia.

Se ha propuesto y así se viene haciendo dentro de la Nueva Mayoría, que el debate político discorra sólo entre el Estado, el mercado o mejor dicho los que lo controlan y las personas individualmente consideradas. Existe una fuerte corriente neoliberal, mercadista y por otro lado, una evidente tendencia estatista que ve en el estado una especie de dios que todo lo soluciona y al cual hay que acudir para resolver los problemas. Rechazamos

esta dialéctica. Nosotros pensamos, muy por el contrario, que éste esquema político, económico, social y cultural, que esta forma de pensar incurre en una notable omisión y olvido, de fatales consecuencia al reincidir en lo mismo. Entre el Estado y las personas y por sobre el mercado y sus distintas organizaciones, se encuentran preferentemente las comunidades. Las personas nacemos y nos desarrollamos en comunidades. Nuestras primeras comunidades son las familias, las iglesias, siguen, los sindicatos, las juntas de vecinos, los centros de madres; los de adultos mayores; los centros de padres y madres en los establecimientos educaciones, los centros de alumnos, las comunidades educacionales, las comunidades universitarias, los clubes deportivos y tantas otras. Estas son las comunidades que construyen la sociedad y con ella se debe entender el Estado y no solo con el mercado y sus controladores y/o con las personas individualmente consideradas. Por eso somos comunitarios y humanistas. Junto con los derechos sociales de última generación, en educación, salud y otros, deberá reconocerse constitucionalmente los derechos de las comunidades referidas y muy especialmente los derechos de la familia, considerada ésta como un sujeto de derecho. Si así se hace tendremos una nueva forma de construir la sociedad del futuro y romperemos el falso dilema de estado versus mercado o estado versus individuos. Si reconocemos como derechos sociales los de las comunidades y los de las familias, asumiendo estas últimas la calidad novísima de sujetos relevantes de derechos, habremos entrado en un horizonte nuevo, diferente a la actual sociedad del consumo frenético y exorbitante, del relativismo moral, del materialismo práctico y del individualismo; habremos entrado a una sociedad de personas y no a una organización de individuos solitarios, abandonaremos la metafísica de la nada y arribaremos al mundo de la fraternidad.

### **CONCLUSION**

Adoptemos en consecuencia un camino que nos permita efectivamente tener presencia en la sociedad; afirmemos nuestra voluntad por los cambios. Hagamos nuestra toda la historia de la Falange, desde sus inicios en la década de 1930. Hagamos nuestro toda la historia de la Democracia Cristiana, desde su fundación. Seamos solidarios de las realizaciones llevadas a cabo por Eduardo Frei Montalva. Seamos solidarios de todo lo realizado por los gobiernos de la Concertación, tanto de sus éxitos como de sus fracasos. Recordemos el camino común que se construyó durante la dictadura y cómo fue posible existiendo un régimen de fuerza y violencia construir acuerdos; hagamos esto dentro del contexto sabio que nos ha dicho el Para Francisco.

Deseamos a todos una Feliz Navidad, en comunidad con sus familias. Esperamos que el próximo año nos traiga buenas noticias; se recupere la economía, se corrijan los errores que se han cometido y así debe reconocerlo el actual gobierno, y que éste de un fuerte golpe de timón para que la nave se enderece y se deje guiar por los vientos del cambio, por la esperanza y la fraternidad.

El 24 de diciembre y el gran acontecimiento que los cristianos y cristianas recordamos, nos llena de esperanza y de alegría y nos convoca a escribir esta carta, para invitarlos a reflexionar, dentro de un marco de preocupación ciudadana por el destino de la República; pero al mismo tiempo lo hacemos con optimismo. Pensamos que corrigiendo el rumbo en los grados necesarios, e introduciendo rectificaciones en las políticas públicas,

sin modificar el gran norte, podremos tener en el horizonte una sociedad justa, libertaria y fraterna, en la que sean estos valores los que nos distinga, en el concierto de las naciones.

Felipe Delpin Aguilar

Enzo Pistacchio Sassarini

Hernán Bosselin Correa

Ramón Briones Espinosa

Marcelo Ortiz Aravena